LA UTOPIA POLITICA EN HERMANN HESSE

*Iván Garzón Vallejo**

RESUMEN: El artículo plantea la hipótesis de si la novela *El juego de los abalorios* del escritor alemán Hermann Hesse puede considerarse una obra de utopía política. Para efectuar tal análisis se asume una definición de trabajo sobre la utopía destacando su aspecto político. El artículo extrae los elementos de la obra de los abalorios que sugieren la existencia de un relato de utopía política pero con características peculiares que la presentan como un texto válido para la reflexión en el contexto contemporáneo.

ABSTRACT: The article suggests the hypothesis that the novel, *The Glass Bead Game*, by the German writer Hermann Hesse, can be considered a work of political utopia. In order to carry out such an analysis the article assumes a provisional definition of utopia emphasizing the political aspects of it. This essay extracts elements of the novel that suggests the existence of a narrative of political utopia in history but with peculiar characteristics that presents it as a valid text for reflection in the contemporary context.

49

PALABRAS CLAVE: Utopía, Hesse, Juego de abalorios, política, literatura.

KEYWORDS: Utopia, Hesse, Glass Bead Game, Politics, Literature.

RECEPCIÓN: 24 de agosto de 2007.

ACEPTACIÓN: 27 de marzo de 2008.

* Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia.

LA UTOPIA POLÍTICA EN HERMANN HESSE

Quienes participamos de la *Universitas magistrorum et scholarium*, sentimos una empatía casi natural con el pensamiento utópico. La razón de tal cercanía existencial e intelectual se debe quizás a que la Universidad y la utopía están emparentadas. Así lo ha notado Paul Ricoeur, quien señalara que la utopía está en conflicto con el orden existente, y lo está en nombre de una idea. La Universidad, según el filósofo francés, procede de esta utopía porque se supone que podemos modificar la realidad con mejores conocimientos y con una educación superior. Ahora bien, esta idea es utópica en la medida en que niega, y a veces ingenuamente, las fuentes reales de poder, que en muchas ocasiones están en la propiedad, en la violencia, en el dinero y en un sinnúmero de fuerzas no intelectuales. Para Ricoeur, la utopía universitaria exagera el poder de la inteligencia para poder plasmar y dar forma a una idea o concepción de la realidad.¹

Pensando en esta relación entre la Universidad y la utopía, he ido profundizando en la obra del escritor alemán Hermann Hesse, Premio Nobel de Literatura en 1946, ante la hipótesis de que la obra *El juego de los abalorios* engrose la larga lista de relatos utópicos. Relatos dispares entre sí, pero en los cuales pueden hallarse elementos comunes.

El lugar común señala que en las obras de Hermann Hesse hay una profunda búsqueda personal e individual. Ése es el sino del autor. Sus textos siguen siendo lectura casi obligada de adolescentes, y también de adultos. Parece evidente constatar que, desde su muerte en 1962, se ha convertido en un ícono de una determinada época del desarrollo

¹ Cfr. Paul Ricoeur, *Ideología y utopía*, 2006, Barcelona, Gedisa, p. 296.

personal de los jóvenes, que han visto en él a un autor que representa la rebeldía frente a las convenciones socioculturales, así como la búsqueda de sí mismo. En ese sentido, Hesse sería una suerte de guía psicológico y espiritual para una cierta edad de la vida en la que todo se hace complejo pues supone la definición de la personalidad y la toma de grandes decisiones.

El mismo Hermann Hesse parece haber sido conciente de ello. “La rebelión contra los modelos equivocados y las falsas expectativas debe ir seguida por el intento incesante de hallar normas nuevas y propias”,² señala Alois Prinz, uno de sus más autorizados biógrafos. Ésa sería una de las razones que explicarían que el autor alemán sea tan conocido en las distintas latitudes y que se haya considerado como un escritor que ha sobrevivido a las diferentes generaciones.

Sin embargo, mi interés específico en este trabajo reside en saber si la obra de Hesse puede definirse como utópica, concretamente la novela *El juego de los abalorios*, que ha sido considerada por críticos y lectores como su libro cumbre y una ‘rotunda obra maestra’.³

Mi hipótesis de trabajo será que algunos elementos en la citada novela de Hesse sugieren la existencia de una obra de utopía política. De confirmarse tal hipótesis, podría concluirse que el autor alemán diseñó, por medio de la literatura, una novela que pretende trazar las coordenadas de un mundo ideal y realizable; y asimismo, es pertinente preguntarse de qué tipo de utopía se trata.

De lo contrario, parece claro que habría que señalar que los elementos que pueden considerarse utópicos, convergen con otro tipo de preocupaciones e intenciones ínsitas en la obra hessiana, pero que no constituyen la suficiente relevancia para designar *El juego de los abalorios* como un trabajo de utopía política.

El contexto histórico en que fue escrito *El juego de los abalorios* parece sugerir un ambiente en el que prevalece la dimensión política de la existencia, toda vez que se trata de los años previos a la Segunda

² Alois Prinz, *Y todo comienzo tiene su hechizo. Biografía de Hermann Hesse*, 2002, Barcelona, Herder, p. 13.

³ Así la catalogó su amigo, el escritor Thomas Mann. Cfr. Alois Prinz, *op. cit.*, p. 327.

guerra mundial, una época en la que se fue radicalizando la enemistad entre las potencias europeas, hasta desembocar en un enfrentamiento sin precedentes. Asimismo, la obra fue publicada en Suiza durante el desarrollo de la segunda conflagración que asoló a Europa, esto es, en 1943.

Para saber si *El juego de los abalorios* es una obra utópica, es necesario seguir tres pasos.

El primero, delinear el concepto de la utopía. Para ello asumiré una definición de trabajo de tal fenómeno. Ésta será provisional, ni completa ni acabada, pero adecuada para los efectos de este texto.

El segundo, plantear la pregunta por la existencia o inexistencia del elemento político y utópico en el pensamiento y en la producción literaria de Hermann Hesse, toda vez que si la obra y la misma vida del escritor alemán carecen de tales componentes, la pregunta por la utopía política en el texto carece de relevancia.

En tercer lugar, me propongo examinar estos dos elementos —el político y el utópico— en el texto *El juego de los abalorios* para ir arrojando las respectivas conclusiones.

La utopía, definición de trabajo

53

La utopía es un género complejo y diverso. A pesar de que nos tiene la idea de que se trata *únicamente* de un género literario, es claro que la utopía constituye desde su origen un género literario que se caracteriza por el hecho de declararse abiertamente como lo que es, una utopía. Esto la diferencia de la ideología, un fenómeno con el cual ha sido estudiada y relacionada con frecuencia. Por ello, se puede afirmar que la utopía se caracteriza por ser un género declarado.⁴ En este sentido, por ejemplo, Ricoeur anota que en el pensamiento marxista tiende a desaparecer la distinción entre utopía e ideología⁵ pues el marxismo pretende presentarse como una utopía. Se trata de la utopía de una

⁴ Cfr. Paul Ricoeur, *op. cit.*, p. 289.

⁵ Cfr. *ibid.*, p. 291.

sociedad sin clases en la que serán abolidos los medios de producción y prevalecerá la llamada ‘infraestructura’, en que la dictadura del proletariado antecederá la pretendida igualdad material de todos los seres humanos.

Paradójicamente, el marxismo presenta como utopía lo que en realidad es una ideología, pues se trata de una concepción de la realidad con caracteres de *totalidad, cierre y no impugnabilidad*, que la definirían como ideológica, de acuerdo con las pautas señaladas por Tenzer.⁶ Zygmunt Bauman coincide en destacar el carácter ideológico del marxismo y apunta que éste puso ‘el mundo cabeza abajo’ empeñándose en el cambio del mundo material, pues en esta medida se transformarían las ideas falsas.⁷ Asimismo, particularmente la historia del siglo XX, plagada de tiranías, campos de concentración y de una feroz persecución a los detractores de tal cosmovisión, da cuenta de su carácter ideológico militante.

Por otro lado, la utopía ha sido consustancial a las sociedades humanas. De diversas formas, en la cual la literatura ha sido la expresión más recurrente, la utopía plasma y desarrolla las metas y los horizontes a los que tendemos como colectividad, y es evidente que no podemos imaginar una sociedad sin utopías porque ella sería como una sociedad sin metas.⁸ No obstante, no puede creerse que tales metas siempre han sido razonables y sensatas o han sido buscadas por medios justos. La historia ha conocido el horror por cuenta de utopías macabras e instrumentalizadoras del ser humano y su dignidad.

Así como la utopía es inherente a las sociedades humanas, de la misma manera el núcleo de la utopía es una determinada concepción antropológica, una forma de entender al hombre. Es decir, en las utopías hay un ideal humano que se pretende generalizar, un modelo antropológico que se quiere desarrollar a gran escala. Por ello, la utopía supone una transformación del hombre y de la sociedad, y en algunos

⁶ Cfr. Nicolás Tenzer, *La sociedad despolitizada. Ensayo sobre los fundamentos de la política*, 1992, Barcelona, Paidós, p. 123. Cursivas mías.

⁷ Cfr. Zygmunt Bauman, *En busca de la política*, 2006, Buenos Aires, FCE, p. 121.

⁸ Cfr. Paul Ricoeur, *op. cit.*, p. 301.

casos, cuando tal antropología es reductiva, la utopía conlleva a una desnaturalización del ser humano.

En este sentido, el *Diccionario de Política* señala que, para Skinner⁹ por ejemplo, el problema utópico no está en proyectar un sistema de vida que guste a los hombres tal como son ahora, sino un sistema de vida que guste a los que lo viven. Para que ello sea posible, es necesario formular una hipótesis del hombre que aún no existe, esto es, que sepa conducirse más allá de los principios éticos todavía existentes, más allá de la libertad y de la dignidad. El resultado es una sociedad que se hace impugnable únicamente desde el exterior. Una vez dentro, aceptadas las reglas del juego, se permanece para siempre prisionero, pero al mismo tiempo feliz y satisfecho del propio estado.¹⁰ Tal tesis es confirmada por quien fuera profesor de Harvard en su novela *Walden Dos*, donde se lee:

Walden Dos ha suprimido la familia, no sólo como unidad económica, sino hasta cierto punto también como unidad social y psicológica. Lo que sobreviva a ella es cuestión experimental [...] evitamos que exista una fuerte dependencia personal entre padres e hijos [...] Nuestra meta es que cada miembro adulto de Walden Dos mire a todos nuestros hijos como suyos, y que cada niño mire a todos los adultos como sus padres [...] Nuestra gente podrá casarse cuándo y con quien quiera, pero tendrá los hijos de acuerdo a un plan genético.¹¹

Por su carácter ideal, se ha sostenido que la utopía consiste en el diseño del mejor mundo que se pueda *pensar*. En la utopía estaría la materialización de una idealización humana, ya sea individual o colectiva. El equívoco de tal aseveración es manifiesto, pues la utopía supone un mundo que pueda ser no sólo pensado sino que sea *posible*, e incluso

⁹ Su novela *Walden Dos*, publicada originalmente en 1948, puede considerarse una obra de utopía de carácter psicológico en la línea del determinismo conductual y mecanicista. Cfr. Luis Fernando Figari, *Horizontes de Reconciliación*, 1996, Lima, Vida y Espiritualidad, p. 40-1.

¹⁰ Cfr. Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino, *Diccionario de Política*, 2005, México, Siglo XXI editores, p. 1620-2.

¹¹ Burrhus Frederic Skinner, *Walden Dos*, 1974, Barcelona, Fontanella, p. 152-9.

inevitable, porque de alguna manera la misma fuerza de las cosas nos lleva hacia él. Para que una determinada cosmovisión pueda considerarse como utópica, se requiere que sea inherente a ella la confianza en la imaginación y acción política,¹² pues no basta con la mera proyección psicológica de los deseos e inquietudes nobles del alma.

Este carácter posible de la utopía la enlaza armónicamente con su carácter político, pues la política consiste en la realización de lo posible en vistas a un propósito determinado —el bien común o la vida buena— que se plasma en la comunidad política.¹³

Como la utopía pretende diseñar un mundo posible, pero éste a su vez podría estar signado por la iniquidad y la inhumanidad, se ha acuñado el término *distopía* o *utopía negativa* para referirse a un conjunto de obras en las que por medio de un sistema totalitario, arbitrario e injusto, se pretende alcanzar un ideal social o colectivo al cual valdría la pena sacrificar la dignidad de los seres humanos y sus derechos fundamentales. De este tenor son, por ejemplo, las obras *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, *1984* y *Rebelión en la granja* de George Orwell, *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury (así como muchos de sus cuentos) y *Walden Dos* de B. F. Skinner, entre otras.

La utopía pues, ha sido descrita también como algo terrible. Para el filósofo polaco Leszek Kolakowski, la utopía se vuelve siniestra cuando creemos poseer una especie de técnica de apocalipsis, un instrumento para dar vida real a nuestras fantasías y, con tal de alcanzar aquel noble fin, ningún sacrificio nos parece pequeño. Ahora bien, Kolakowski aclara que, en cuanto la utopía sea tan sólo una visión de un mundo sin sufrimiento, tensión y conflicto, la utopía es un ejercicio literario e inofensivo.¹⁴

La posibilidad de la realización efectiva de las utopías políticas ha sido entrevista por no pocos pensadores. Nicolai Berdiaeff en el epígrafe al libro de Huxley *Un mundo feliz* (*Brave New World*) adver-

¹² Cfr. Bobbio, *et al.*, *op. cit.*, p. 1618.

¹³ Asumo como referente conceptual de la política la idea clásica expresada en la *Política* de Aristóteles.

¹⁴ Cfr. Leszek Kolakowski, “La noche del Marxismo. Entrevista de Enrique Krauze”, en *Vuelta*, n° 101, abril de 1985, p. 34.

tía que “las utopías aparecen hoy bastante más realizables de lo que se creía en otro tiempo. Las utopías son realizables. La vida marcha hacia las utopías”.¹⁵

De la comprobación de que las utopías son realizables y posibles en el espacio y en el tiempo histórico deviene un elemento central de tal fenómeno: su carácter *político*. Es decir, la utopía no sólo imagina y delinea una sociedad futura ideal, sino que ésta debe ser *realizable* por medios políticos y estar dotada de instituciones y estructuras políticas. Por ello, es frecuente reconocer en las obras utópicas la existencia de un poder, un líder o grupo de líderes políticos gobernantes, una concepción —ya sea implícita o no—, de la propiedad, las leyes, la justicia, el poder, la educación, el individuo y el ámbito público. Estos elementos hacen parte de una sociedad de naturaleza política, y aunque no siempre el propósito de los autores que han diseñado las utopías ha sido eminentemente político, es preciso constatar que la dimensión política aparece como central en cuanto se precisa el *cómo* realizar concretamente el ideal trazado.

Pero ante todo, la utopía señala un fin último al cual deben tender todas las iniciativas políticas.¹⁶ Hay un claro componente político de la utopía pues la política implica teleología o finalidad. No por casualidad las distintas concepciones de la política han sido entendidas a partir del fin que se proponen alcanzar: la vida buena (Aristóteles), el bien común (Santo Tomás de Aquino), la Razón de Estado (Maquiavelo), la seguridad y la protección de los individuos por el Estado Leviatán (Hobbes), la pureza de la raza (Hitler), la sociedad sin clases (Marx), entre otras.

El carácter político de una utopía deviene del hecho de que el ideal a realizar nace de una organización comunitaria que ofrezca una solución definitiva a los problemas de orden económico y social¹⁷ y se proyecta como sociedad ideal situada generalmente en el futuro, y en un

¹⁵ Cfr. Bobbio *et al.*, *op. cit.*, p. 1619.

¹⁶ Cfr. Leszek Kolakowski, *op. cit.*, p. 34.

¹⁷ Cfr. Bobbio *et al.*, *op. cit.*, p. 1619.

IVÁN GARZÓN VALLEJO

lugar que no siempre es determinado con exactitud, o sencillamente, es indeterminado.

En síntesis, la utopía es la proyección teórica en un futuro, en un lugar no siempre determinado geográficamente, de una sociedad en la que se plasman unos principios y cánones considerados como ideales y deseables, los cuales se pretenden alcanzar y realizar específicamente por medios e instrumentos políticos mediante el diseño de instituciones y estructuras de tipo político.

Lo político en Hermann Hesse

¿Puede considerarse a Hermann Hesse como un escritor preocupado –intelectual y existencialmente– por los asuntos políticos?

Como la vida del escritor alemán transcurre en el período de entreguerras, el influjo del fenómeno bélico parece ser evidente en su obra. De este hecho se pueden extraer algunas razones del carácter político de su obra literaria en general y de la novela *El juego de los abalorios* en particular.

58 | En primer lugar, Hesse, como otros pensadores de su tiempo, fue consciente de la debacle de la civilización europea con el avance de la ideología nacionalsocialista y del militarismo. Ello consta en muchas de sus cartas y artículos, y según Alois Prinz, Hesse habló de la ‘decadencia de Europa’ incluso antes que Oswald Spengler publicara su célebre obra *La decadencia de la Occidente*.¹⁸

En segundo lugar, una vez que se adentra en su vida, el lector encuentra que Hesse fue un autor más político de lo que parecería a primera vista. Es cierto que su condición de poeta solitario ha favorecido el desconocimiento de su faceta política, la cual tampoco ha sido muy estudiada. Ahora bien, aunque se reconozca este aspecto biográfico, hay que aclarar que tampoco se podría considerar al autor alemán como un activista.

¹⁸ Cfr. Alois Prinz, *op. cit.*, p. 211.

Es plausible que sus escritos políticos publicados en algunos periódicos y su labor en los días de la guerra como emisor de libros a los soldados que estaban en el frente, evidencien una preocupación humanista y política insoslayable que no se ha destacado suficiente entre sus comentaristas y críticos; su biógrafo Alois Prinz señala:

A él lo único que le interesaba es hacer durante este tiempo algo que tenga sentido plenamente humano. Y para él es humanamente significativo el proporcionar libros a los soldados prisioneros, a fin de que, en medio de la guerra, puedan respirar también aires diferentes. Él practica la ayuda a los prisioneros como una especie de labor pastoral. Los libros (entre tanto llegan a ser 12.000 libros al mes) los envía como medicina espiritual. Y leer significa para Hesse educarse para la paz.¹⁹

Asimismo, a pesar de que fue considerado como un traidor a su patria por sus opiniones críticas al régimen y de que *El juego de los abalorios* no puede publicarse en Alemania en 1942 por la censura del gobierno a sus obras, Hesse será un intelectual comprometido con el destino de su país.²⁰ Pero su compromiso adquirió en muchos casos la forma de la denuncia profética ampliamente incomprendida,²¹ aunque moderada por ser conciente de la inconveniencia de enfrentarse abierta y públicamente con el Führer por medio de libros y artículos, pues sabía que Hitler empleaba sin escrúpulos la violencia contra sus contradictores.²² Por otro lado, a pesar de la acusación de traición a la

¹⁹ *Ibid.*, p. 192.

²⁰ La razón de que Peter Suhrkamp no pueda imprimir *El juego de los abalorios* en Berlín, como era el deseo del autor, es que el Ministerio de Propaganda nazi no concedió el permiso para la impresión. El motivo fue, al parecer, que un capítulo del libro se desarrolla en un monasterio, aludiendo a la prolongada estadía del *Magister Ludi* José Knecht con el Padre Jacobo, un venerable sacerdote de la Orden de los Benedictinos con quien Knecht cultiva una profunda amistad. Valga añadir que la sospecha del censor era cierta.

²¹ Al parecer, recibió cientos de cartas en las que sus compatriotas discurrían sobre su acusación al poeta de apátrida. De una de ellas deja constancia Alois Prinz: "Apenas encuentro palabras para expresarte mi odio! / ¡Individuo, eres un gusano! Estás completamente abandonado / Por la santidad de tu espíritu, por la santidad de Alemania / Porque no sientes los dolores de parto de estos tiempos", *op. cit.*, p. 176.

²² Cfr. *ibid.*, p. 298.

patria y de hacerse ciudadano suizo desde 1922, Hesse se considera un patriota, pero su patriotismo “no llega hasta el punto de cegarle para que no vea las injusticias manifiestas”.²³

La faceta política de Hesse no se agota en el compromiso con la nación germana. En la obra de Hermann Hesse es posible descubrir un germen de filosofía política que se centra en que la propia personalidad del hombre tiene una dimensión política ínsita, y que, al modelarla mediante el seguimiento de su ley interna —con lo cual va alcanzando su maduración personal— se evitará que la guerra lo subordine y le haga ver que el otro es un enemigo mortal sobre el que hay que disparar.²⁴

A mi juicio, esta suerte de *pacifismo activo* transido de humanitarismo supranacional puede considerarse como el núcleo de la concepción política de Hesse, la cual puede percibirse en ciernes dentro de sus obras, mediante ideas fugaces, no siempre entrelazadas, y menos aún, desarrolladas.

Esta convicción política inspira, en buena medida, la elaboración de *El juego de los abalorios*, el cual, pensado desde varios años antes, tiene la pretensión de ser una composición poética admirable y complicada en la que se proyecte un mundo antagónico frente a un sistema político totalitario como el que se erigió en Alemania con el Tercer Reich.²⁵ Un argumento que parece decisivo para examinar el carácter político de la obra de Hesse es la constatación de que su novela cumbre tiene un trasfondo político que no sólo se descubre leyendo a sus biógrafos, sino por la misma estructura y el contenido del texto, como se verá más adelante.

Asimismo, la afirmación del valor del individuo corre en forma paralela con las preocupaciones políticas. En cierta ocasión dirá:

Mi fe política es la de un demócrata; mi concepción del mundo, la de un individualista. Lo que ha ocupado, atraído y conformado mi espíritu

²³ *Ibid.*, p. 167.

²⁴ Cfr. *ibid.*, p. 199.

²⁵ Cfr. *ibid.*, p. 299.

no han sido los problemas sociales, sino los del individuo, y la tendencia de la nueva Historia a subordinar la personalidad al capricho de las masas arbitrarias, es algo que odio a muerte. Mis libros, entre los que se incluyen muchos de naturaleza puramente lírica, no han sido escritos con un propósito determinado. En el curso de los años, no obstante, ellos me han proporcionado un público, compuesto en su mayor parte de jóvenes atraídos hacia mí personalmente y como escritor y para los cuales me he convertido en consejero. Las dificultades que el individuo debe confrontar hoy día en el mundo y la manera como poder construir una personalidad armónica, son experimentados por muchos, principalmente por los jóvenes, dentro de los estados e iglesias autoritarios, y parte de esta juventud es la que parece haber encontrado en mí al poeta con el cual siente mayor afinidad.²⁶

Sin embargo, es cierto que su preocupación política coexiste con su escepticismo y desconfianza frente a las ideologías que pretenden cambiar el mundo y por la insobornable desconfianza hacia la acción humana, especialmente la instrumental. Él pensaba que el fascismo y el comunismo eran hermanos entre sí, y estaba convencido de que toda voluntad de cambiar el mundo conduce a la guerra y a la violencia.²⁷ Crítico acérrimo del nacionalismo, Hesse propugna un ‘humanismo supranacional’ en el cual ve la clave para que después de la guerra reine la tranquilidad y la convivencia.²⁸ “Yo me siento alemán, pero por encima de ellos está para mí la humanidad”, exclamaba.²⁹

En este punto, si se asumiera como referente conceptual el pensamiento político de Carl Schmitt, específicamente su caracterización de lo político como el antagonismo entre el amigo y el enemigo,³⁰ y al comprobar que el deseo de Hesse preludiaba la existencia de la Organización de las Naciones Unidas, así como el ascenso de la ideología de los derechos humanos, habría que concluir que el elemento

²⁶ Cfr. http://www.revistaoxygen.galeon.com/5bio_hesse_ext.htm

²⁷ Cfr. Alois Prinz, *op. cit.*, p. 293.

²⁸ Cfr. *ibid.*, p. 169.

²⁹ *Ibid.*, p. 170.

³⁰ Cfr. Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, 2002, Buenos Aires, Struhart & Cía., p. 31.

político está ausente en su pensamiento. En los dos casos, tanto la ONU como el ideal de los *human rights*, se pretende evitar el conflicto y la guerra por medio de la aceptación global de principios y parámetros universales de conducta en nombre de la Humanidad, compromiso que se establece con base en el consenso de los intervinientes. De acuerdo con el pensamiento político schmittiano, la política parte de la constatación del hecho de que en la vida humana hay conflictos y que tal antagonismo puede devenir en una confrontación extrema por la propia existencia por medio de la guerra. Por eso, para Carl Schmitt el ideal de la pacificación absoluta del mundo era una falacia, y a este efecto, haciendo suyas las palabras de Proudhon, señalaba que “quien dice humanidad, quiere engañar”.³¹

Como este trabajo no consiste en una comparación entre los dos autores alemanes, valga el *excursus* para hacer notar la complejidad del asunto, y que, reconociendo los aportes invaluable de la teoría política schmittiana, asumiré como definición de lo político para este texto el parámetro aristotélico del hombre como *zoón politikón*, esto es, el hombre como un ser político por naturaleza.³² De acuerdo con esta clásica definición, se puede comprobar que la vida de Hermann Hesse está absolutamente influida por la política. Sin embargo, una aproximación a la guerra como fenómeno político –concepción schmittiana por lo demás– me parece la más adecuada a los efectos de comprender la politicidad en la vida y obra del escritor germano, y en ese sentido complementaría el punto de partida aristotélico enriqueciéndolo.

Crítico con las ideologías y las exaltaciones de la colectividad a costa del individuo concreto, Hesse entiende que el nacionalismo no es un problema de una nación sino de cada individuo; el nacionalismo significaría evadirse hacia conexiones suprapersonales, en vez de aceptar la responsabilidad personal. Piensa en sentido nacionalista aquel que no considera a los hombres como hermanos o hermanas, sino como franceses, alemanes, ingleses o rusos. Y aquel que está preso del nacionalismo es incapaz de practicar una verdadera crítica

³¹ Cfr. *ibid.*, p. 73.

³² Cfr. Arist., *Po.*, 1252b.

de sí mismo y ante la más ligera observación crítica, reacciona irritado dándose por ofendido.³³

En síntesis, esta comprensión de lo humano, en conexión con lo político —el drama de la guerra, el nacionalismo, la situación de su patria, el destino de la civilización occidental, el pacifismo, el humanismo supranacional—, representa esa suerte de germen de filosofía política del autor alemán, y permite concluir afirmativamente la pregunta acerca del carácter político de su vida.

Castalia: una excelsa vida lúdica como antagonismo a un mundo en guerra

El juego de los abalorios y la acción sin finalidad

La obra describe, mediante una impecable forma narrativa, la vida de un hombre, José Knecht, quien llegaría a ser *Magister Ludi* del juego de los abalorios en la utópica provincia de Castalia y quien, en su edad adulta y luego de ser varios años la autoridad suprema de esta idílica Orden, renuncia a ella para dedicarse a la enseñanza escolar más pura acompañando la formación de un joven, quien a su vez es el hijo de su mejor amigo, Plinio Designori, curiosamente un hombre que nunca quiso entrar a Castalia. Antes de ello, mediante una misiva enviada al Consejo Directivo, critica el alejamiento de Castalia del mundo y la historia y predice que Castalia será suprimida cuando regresen las épocas bélicas en las cuales el país invierte más en la guerra que en la educación, el arte y la lúdica.

En este sentido, es preciso tener en cuenta que *El juego de los abalorios* se publica en 1943, durante la segunda conflagración mundial que asoló al Viejo continente y pareciera ser evidente que Hesse, hombre muy sensible y preocupado por la situación de la sociedad, pero ante todo del ser humano individual, expresó sus temores y críticas por medio de esta novela que viene a constituirse como su obra maestra.

³³ Cfr. Alois Prinz, *op. cit.*, p. 333.

En ella está desarrollada la idea de que la cultura clásica, aunada al espíritu místico y sincrético de las religiones, pueden ayudar al ser humano a encontrarse a sí mismo y, así, conservar humanizada la civilización, aunque ello parezca utópico en una época que conoce la tragedia de la destrucción y la pérdida de millones de vidas a causa de la guerra.

Castalia es descrita como una ciudad situada en Alemania en el año 2400.³⁴ Ésta tendría como centro un instituto educativo así como la Orden de los castalios. Para ellos, hombres célibes consagrados a la meditación, el estudio y el juego, la vida consiste en servir al ideal estético-musical con el propósito de salvaguardar la civilización³⁵ de su decadencia —llamada la época bélica o *folletinesca*— y así mantener un refugio para los valores más excelsos de la cultura representados fundamentalmente en la música, las letras, la meditación y el juego de los abalorios, que viene a ser una especie de síntesis suprema de todos ellos. “Los Castalios, señala Prinz, son la utopía de una comunidad que no convierte al individuo en una ruedecita de un mecanismo, sino que fomenta su propia porfía.”³⁶

Si bien en sus orígenes el juego de los abalorios fue una especie de divertimento entre los jóvenes estudiantes de la Orden, con el tiempo va adquiriendo un lugar central en la vida de Castalia³⁷ al punto de convertirse en ceremonia pública, liturgia sacra secularizada y en ícono de la espiritualidad de la Orden. Según el narrador, el juego llega a ser “suma y encarnación de lo espiritual y sinfónico, culto sublime, *unio mystica* de todos los miembros de la *Universitas Litterarum*”.³⁸ Con el tiempo, el mismo juego se irá perfeccionando y generalizando entre los

³⁴ Que la descripción de Castalia tenga una fecha precisa lleva a Prinz a afirmar que “*El juego de los abalorios* es un mundo antagónico, una utopía, pero una utopía que lleva fecha”, Alois Prinz, *op. cit.*, p. 301. Cursivas mías.

³⁵ Cfr. Hermann Hesse, *El juego de los abalorios*, 1978, Madrid, Alianza, p. 38.

³⁶ Alois Prinz, *op. cit.*, p. 14.

³⁷ La redundancia que se advierte es deliberada. Hesse se refiere a Castalia como a la Orden, pero también como a la ciudad y/o provincia en la que ésta se encuentra ubicada, sugiriendo que la Orden le da el nombre a la ciudad. Asimismo, evocando a Goethe, la designa ‘provincia pedagógica’, cfr. Hermann Hesse, *op. cit.*, p. 67.

³⁸ *Ibid.*, p. 41.

estudiantes para los cuales se convierte no sólo en un noble ejercicio intelectual, sino en parámetro de sus capacidades y talentos.

¿En qué consistía el juego de los abalorios? Aunque la novela de Hesse no lo define expresamente, todo indica que en proponerse mutuamente determinados motivos o comienzos de composiciones clásicas; los *lusores*, jugadores, tenían una técnica para expresarlos mediante fórmulas abreviadas; el interpelado debía contestar o bien con la continuación del fragmento o, mejor todavía, con un contra-tema opuesto, en voz más alta o más baja. Hay quienes señalan que las respuestas de los jugadores se daban no sólo desde composiciones musicales, sino también mediante frases, textos y piezas artísticas y literarias variadas.

En suma, se trataba de un ejercicio de mnemotecnica e improvisación que parece tener antecedentes en los alumnos más aplicados de música de Schütz, Pachelbel y Bach pues habría estado en auge entre ellos aunque no en formulas teóricas, sino prácticamente con el clavicordio, el laúd, la flauta, o la voz.³⁹

En la obra de Hesse queda patente la universalidad que adquiere el juego, prueba de su gran valía y fecundo efecto: “El juego de los abalorios, un día entretenimiento singular, ora de matemáticos, ora de filósofos o músicos, empezó a atraer luego con interés creciente a todos los verdaderos hombres de espíritu.”⁴⁰ El juego buscaba armonizar el espíritu de universalidad con la unidad de lo espiritual,⁴¹ signo de que eventualmente podría ser aprendido y practicado por cualquier persona.

Un aspecto que llama la atención es que el juego pareciera no tener un propósito determinado, es decir, los *lusores* no practican el juego de los abalorios con un fin específico sino por el placer que suscita el mismo en el alma humana y con el gozo de ejercitarse y perfeccionar las destrezas que éste fomenta. Siguiendo la argumentación de Alois Prinz, en ello acaso haya que ver una crítica implícita de Hesse a las

³⁹ Cfr. *ibid.*, p. 34.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 40.

⁴¹ *Ibid.*, p. 250.

ideologías totalitarias bajo las cuales el poeta vivió, específicamente el fascismo, el nacionalsocialismo y el comunismo. Para él, estas ideologías tienen en común la proyección de una imagen ideal del mundo y del hombre, que se quiere realizar por medio de la violencia y el terror. Su principal aversión a las ideologías es la *instrumentalización* del hombre que éstas llevan a cabo.

El autor alemán propondrá en su obra utópica una actividad, que se erige como la más importante de la vida de Castalia, que no conducirá a ningún objetivo, que será sencillamente un juego sin finalidad⁴² pues para Hesse, “jugar es una necesidad fundamental del hombre y una expresión de la vida, mientras que la acción orientada a un fin, la considera como un ‘sucedáneo de la vida’. Aún la persona más racional no puede sustraerse a la necesidad de buscar ‘lo que no tenga sentido y lo que no tenga finalidad’.”⁴³

Esta aversión a la instrumentalización del hombre y de su actividad parece ser un asunto central en el pensamiento del poeta alemán, que le confiere un rasgo utópico en cuanto proyecta, así, un mundo posible y deseable que constituiría una reforma del actual. Un aspecto eminentemente político.

Sin embargo, el escepticismo de Hesse por la acción no lo llevan a un desprecio absoluto de la misma. Si bien el acento de Castalia está claramente puesto en el juego de los abalorios, el estudio y la meditación, la vida de la orden pretende integrar la acción y la contemplación: “No queremos huir de la *vita activa* a la *vita contemplativa*, y menos aún lo inverso, sino más bien permanecer alternando entre ambas, familiarizarnos con una y otra tomando parte en las dos”⁴⁴ señala el *Magister Ludi*.

Pero este aspecto coexiste con la paradoja de que este mundo utópico que propone el narrador de los abalorios desdice de los fines y con ello reniega del valor de la acción como posibilitadora de oportunidades y contextos distintos a los que él se enfrentó en su tiempo.

⁴² Cfr. Alois Prinz, *op. cit.*, p. 300.

⁴³ *Ibid.*, p. 300.

⁴⁴ Hermann Hesse, *op. cit.*, p. 254.

Tal desprecio de la acción no debe verse como una marginación de la actividad política como tal, pues la importancia del fin para Hesse tiene como requisito que el ser humano no sea instrumentalizado, pero ello no lo lleva a desconocer la necesidad de todo tipo de medio o instrumento. De hecho, Castalia aparece en la obra como el último enclave de la cultura y la inteligencia en la civilización occidental que ha sobrevivido luego de la debacle militarista y guerrera. Es decir, Castalia es una suerte de medio o instrumento para la subsistencia de la civilización, y los castalios son hombres de vida activa. Activa, más no instrumental.

Sin embargo, Castalia no es una realidad política *per se*. El influjo cultural y político que está llamada a ejercer deviene de su naturaleza aparentemente monástica e intelectual.⁴⁵ En un diálogo de la obra, el *Magister Ludi* le dice a Knecht acerca de Castalia: “No somos políticos en realidad y carecemos de poder, pero también dependemos del mundo, que a su vez nos necesita y soporta.”⁴⁶ Esta sugerente conversación se da en el contexto de las instrucciones que le da el *Magister Ludi* al joven Knecht antes de su partida al monasterio benedictino, en el que tendrá como misión entablar una particular amistad con un notable hermano de la Orden de San Benito (el padre Jacobo) para transmitirle a los superiores de la Orden de Castalia las informaciones que sean útiles acerca del mundo exterior.

Curiosamente, una suerte de espionaje que, dicho sea de paso, transformará la concepción de la realidad de José Knecht.

⁴⁵ Ello se pone de manifiesto cuando en el texto se describe que el espíritu de la Orden de Castalia está fundado sobre dos principios: la objetividad y el amor a la verdad en el estudio, y el cuidado de la sabiduría y la armonía meditativas. La sabiduría y dignidad de los castalios reside en mantenerse fiel a la unidad de tales principios. Cfr. Hermann Hesse, *op. cit.*, p. 253.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 162.

Knecht y la utopía de la búsqueda de sí mismo

José Knecht, protagonista de *El juego de los abalorios*, es, desde sus comienzos, un alumno aventajado de Castalia. La descripción de su vida aparece por momentos como idealizada por el narrador y de hecho queda claro que su paso por Castalia constituyó una leyenda. Quizás sea un pleonasma hablar de idealización en una obra de utopía. Pero de cualquier forma, creo que el tono de la descripción de Knecht podría explicarse razonablemente desde un lugar común de las obras de utopía: la ausencia de la concepción del mal moral como algo personal, o, dicho en términos cristianos, de la negación de la realidad del pecado original que marca la vida del ser humano con la concupiscencia o la inclinación al mal, aunque ciertamente el bautismo lo introduzca en la vida de la gracia y del espíritu.⁴⁷

Tal idealización coexiste con la lucha entre el bien y el mal que están presentes en el interior de cada hombre. Esta confrontación agonal es una suerte de verdad fundamental en la narrativa de Hesse.

Asimismo, en dicha descripción creemos hallar la idea utópica del perfil del ser humano que requeriría la sociedad como clave para salir de su postración. Aunque éste sea un individuo privilegiado y ello lo hace único, da la impresión de que Hesse propone en él una suerte de modelo a seguir. Por su constancia, disciplina o virtud, inteligencia y capacidad para la reflexión y la meditación, pero asimismo, por su valentía para seguir sus propias intuiciones, aunque ello suponga ir contra la opinión de otras personas o las reglas establecidas.⁴⁸

⁴⁷ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1213-84.

⁴⁸ Si bien la renuncia como *Magister Ludi*, con la consecuente salida de Castalia, no es un hecho previsto en el reglamento de la Orden como indebido, es evidente que la reacción de Alejandro, el Superior de la misma, es claramente desaprobatoria. En la misma Castalia se concebía a los hombres del mundo como menos dotados o privilegiados que los castalios, y en cuanto Knecht abandona la Orden se convierte en uno de ellos. En la obra, Castalia representa una élite escogida y destinada a asumir el peso de su misión histórica, por lo cual, abandonarla luego de varios años en ella, no podría considerarse por los miembros de ésta como un gesto digno de aplauso.

Sugerir que en Knecht hay una suerte de paradigma de vida humana, propuesto implícitamente por Hesse, es un elemento muy problemático, pues muchas de sus obras son autobiográficas —a lo cual no escaparía *El juego de los abalorios*—; la vida personal de Hesse evidencia una reticencia insobornable a proponer modelos y dar consejos universales y perennes. Esto se comprueba en las cientos de cartas que recibió durante su vida, en las cuales, intentando responderlas todas, nunca ofreció soluciones universales, sino que más bien alentaba a los destinatarios —sus lectores— a encontrar por sí mismos las respuestas a sus preguntas.⁴⁹

Pero quizás, puede plantearse precisamente que seguir la propia conciencia y adecuarse a una norma interior es ya un propósito universal. De ello no está lejos por ejemplo, el imperativo categórico de Immanuel Kant, que no se consideraría menos válido para todos los hombres por el hecho de proponer una acción individual conforme con la propia conciencia —y que con ello deviene en muchas oportunidades en subjetivista y relativista— teniendo en cuenta que ésta pueda ser tomada como ley universal.

La personalidad e historia de José Knecht no deja de tener ciertos aspectos de reformador o de iluminado que, al final de su vida, emerge como aquel que descubre la verdadera senda que debe tomar Castalia y no es aceptado por las autoridades de la Orden. Aunque esto no es al parecer lo único que motiva su salida de la misma, sí lo es el seguir dos impulsos que él considera imprescindibles en su vida: la trascendencia y la superación. Incluso a costa de éstos sacrifica su reputación, trayectoria personal y las altas responsabilidades que le fueron confiadas en Castalia, toda vez que descubre que su camino está fuera de la Orden, en una soledad que lo acercará a la historia y al mundo aunque ello no signifique ninguna contaminación o traición a sí mismo. Todo ello se da individualmente y a pesar de los consejos externos contrarios a tal idea, así como del silencio que mantiene frente a este asunto ante su amigo Fritz Tegularius, aparentemente con el propósito de no ser desaprobado por él.

⁴⁹ Cfr. Alois Prinz, *op. cit.*, p. 15.

Curiosa, y quizás paradójicamente, la decisión de Knecht como *Magister Ludi* de abandonar la Orden, a pesar de la desaprobación del Consejo de la misma, no es censurado por el narrador de *El juego de los abalorios*. Es decir, a pesar de que la obra describe el sitio ideal en los cuales viven los seres humanos, aquel que les permite alcanzar una cierta nobleza del espíritu, cuando el protagonista y modelo de este paradigma abandona la Orden desconcertantemente, ni por asomo el narrador cuestiona tal decisión ni le sugiere al lector que dicho maestro ha cometido un error.

Más aún: si Castalia es el ámbito ideal para la vida humana y la salvaguarda de la civilización, llama poderosamente la atención que la vida que se describe en *El juego de los abalorios* sea la de quien, a pesar de conocer a fondo la Orden, no termina sus días viviendo como un castalio. ¿Pesimismo de Hesse ante su propia creación utópica? ¿Realismo ante la comprobación de que el mundo secular terminará con Castalia? Sólo un *Magister Ludi*, José Knecht, lo logra entrever.

Un asunto que hace más compleja la realidad es que en los días que preludian su salida de la orden, Knecht apunta con dolor que ha descubierto que Castalia está muy alejada de su patria, y que, de forma inversa, el país llegó a ser ajeno e infiel a su más noble provincia y a su espíritu, evidenciando la amplia separación entre el alma y el cuerpo, entre el ideal y la realidad.⁵⁰ Así, despunta el escepticismo de la utopía de Hesse, pero al mismo tiempo parece sugerir que se trata, en última instancia, de una metáfora de la propia Alemania por cuenta de la destrucción de su historia y su cultura más noble debido al feroz militarismo y racismo totalitario representados por el nacionalsocialismo de Hitler.

Llegados a este punto nos enfrentamos con un asunto sumamente complejo. En mi opinión, la aporía planteada podría resolverse desde la idea de que, para Hesse, el líder o el genio de la utopía debe prevalecer sobre esa realidad comunitaria, que por más perfecta que pueda imaginarse, estará sujeta a los cambios históricos y culturales, los cuales son interpretados por el poeta alemán en forma pesimista. En este sentido,

⁵⁰ Cfr. Hermann Hesse, *op. cit.*, p. 320.

no se puede olvidar que José Knecht presagia el fin de Castalia en el futuro, pues para él “los peligros de origen externo consisten en que nuestro país no pueda sostener un día nuestra cultura y los presupuestos castalios, en que considere un día a Castalia como un lujo que no pueda ya permitirse, y en que, finalmente, llegue a considerarnos como perniciosos parásitos y aún como maestros de error y enemigos, en lugar de sentirse liberalmente orgullosos de nosotros”.⁵¹

En otras palabras, acaso para Hesse la utopía no se sitúe tanto en una comunidad ideal como en un individuo que sigue en toda ocasión su propio sentido de perfección y superación humana. Si así fuera, la utopía política de Hesse se situaría en el allende de Castalia, y en el aque de del sujeto individual. Un lugar difícil de situar, y quizás por ello, utópico.

En esta posible solución con respecto al dilema de Knecht puede hallarse el influjo de la filosofía oriental —especialmente de la India— en la formación de Hesse. En él “el conocimiento de sí mismo conduce a lo divino y a una nueva visión del mundo. El ‘yo’, Dios y el mundo se hallan íntimamente relacionados”.⁵² No son pocos los momentos en los que el *Magister Ludi* entra en contacto con la mentalidad oriental: la estadía en un monasterio chino, la lectura de las obras del Braman, entre otras. Éstas van consolidando la idea —aunada a la importancia castalia de la meditación— de que la felicidad pasa por uno mismo, por el encuentro con el *yo* más que por la vida en comunidad, la obediencia a la autoridad o el seguimiento de las normas establecidas. De acuerdo con estos presupuestos, se comprendería la renuncia de Knecht a seguir en la Orden, no como una traición evidentemente censurable —como lo hace Alejandro, el Superior de la misma en su intento de convencerlo para que desista de su decisión— sino como un paso más hacia aquella búsqueda de sí mismo que resultaría ser más importante que cualquier compromiso asumido o pacto previo.

Esta misma idea se descubre en los textos que habría dejado Knecht y que son una especie de apéndices de la novela escritos en forma de

⁵¹ *Ibid.*, op. cit., p. 377.

⁵² Alois Prinz, op. cit., p. 232.

cuentos o relatos literarios. En *El Confesor* por ejemplo, se narra la vida de Josephus Famulus, un famoso anacoreta confesor, que en la medianía de su vida se siente hastiado de la vida que lleva, a pesar de que ésta ha sido marcada por la perfección y la santidad cristianas. Algo similar ocurre con el padre Dion Púgil, un anciano que, curiosamente, sale en búsqueda de su par Famulus con el fin de encontrarle un sentido a su rutinaria existencia. Se encuentran, y establecen una amistad que los consolará mutuamente y que será un aliciente para ambos para continuar con su vida religiosa. Famulus se convierte en una especie de hijo espiritual del padre Dion y, al cabo de los años, como sucede en el relato *El hacedor de la lluvia*, lo reemplaza, asumiendo la herencia espiritual y mística que deja su predecesor.

Esta idea de la sucesión, esto es, la de un hijo carnal o espiritual que asume la función del padre o maestro haciéndola perdurable en el tiempo está muy presente en la obra de Hesse. Es el caso del Magister Thomas a José Knecht en *El juego de los abalorios*. De Turu a Knecht y de éste a Turu, su hijo, en *El hacedor de la lluvia*. Y del Padre Púgil a Famulus en *El Confesor*. En ello quizás habría que interpretar la idea budista de la reencarnación y también la idea de la historia como algo circular y no lineal e inevitable, sino más bien, como algo susceptible de cambio y rectificación, no por la libertad del ser humano, sino por el sino del destino.

En esta sucesión temporal es preciso notar que no siempre dicha sucesión es perfecta o ideal, pues existe la posibilidad de la traición y la corrupción. Ése es el caso de Maro en *El hacedor de la lluvia*, primer discípulo de Knecht que, llevado por su propio egoísmo e interés es relegado en su formación como hacedor de la lluvia y servidor del pueblo.

En este punto, acaso haya de verse la oposición en las obras utópicas entre la idea de un genio ‘iluminado’ que pareciera tener la clave de la felicidad, tranquilidad o prosperidad –según la obra– y la encarnación social o comunitaria de la misma. Es decir, el modelo utópico ideal no siempre compaginaria con la vida del genio. Las razones son múltiples y, aunque Hesse diseña una utopía política centrada en la vida

de Castalia, la ‘clave’ de la utopía consistiría en que cada individuo se encuentre a sí mismo y siga su ley interior. Esto es precisamente lo que haría que la vida sea más plena y elevada.⁵³ En este sentido, en el prólogo de *Demian* se lee:

He sido un hombre que busca y lo soy todavía, pero no busco ya en las estrellas ni en los libros: comienzo a escuchar las enseñanzas que mi sangre murmura en mí... La existencia de todo ser humano es un camino hacia sí, o un connato de camino, o un simple rastro. Ningún hombre ha sido por completo él mismo; pero todos aspiran a serlo, confusamente unos, más claramente otros, cada uno como puede.⁵⁴

Otra posibilidad al dilema del abandono de Castalia de Knecht, es entender que habría llegado a su término una etapa en la vida personal del *Magister Ludi*, etapa en la cual, siguiendo su propia ley interna y las disposiciones de la Orden, pudo lograr la síntesis entre el sentir propio y el sentir comunitario.⁵⁵

Acogiendo este aspecto, el de la integración entre lo personal y lo comunitario, más que la prevalencia de la dimensión individual genial, sería uno de los rasgos de la utopía de Hermann Hesse.

Una lucha maniquea entre el bien y el mal recorren la obra de Hesse y sus personajes, y en muchas de las páginas el escritor alemán describe los entuertos de un alma que se debate entre el cielo y el infierno, y entre su propio yo o la masificación, esto es, la perversión de su ser. En tales descripciones puede percibirse la búsqueda de una condición humana que en su centralidad espiritual avanza hacia la realización de contextos socio-políticos utópicos que sean coherentes con la condición individual del ser humano.

Esta interpretación la fundamenta el hecho de que cuando Knecht abandona Castalia su actitud y conducta como *Magister Ludi* había sido intachable y ejemplar. Por eso, la explicación que él da del asunto

⁵³ Cfr. *ibid.*, p. 12.

⁵⁴ Hermann Hesse, *Demian*, en *Obras Completas*, tomo II, 1979, Madrid, Aguilar, 3ª ed., p. 670.

⁵⁵ Cfr. Alois Prinz, *op. cit.*, p. 324.

IVÁN GARZÓN VALLEJO

es simple: “me cansé y empecé a tomar mi responsabilidad como una carga”, pero totalmente coherente con los postulados de una filosofía individualista que confía ante todo en las intuiciones del sujeto y, más aún, cuando la vida de éste se ha puesto en términos de leyenda en la historia de Castalia.

¿Una utopía política secularizada?

Si uno se adentra en la naturaleza de Castalia, descubre que la narrativa de Hesse está signada de numerosos elementos de la tradición cristiana. Ello es válido también para otros escritos suyos, en los que la lucha entre el bien y el mal en los personajes, como una suerte de combate religioso, parece ser un elemento narrativo decisivo. Tal constatación no debe entenderse como que su intención haya sido hacer una especie de modelo reformador de la Cristiandad o algo semejante. En este aspecto se torna evidente e irrefutable no sólo el espíritu de la época, sino el peso de la historia de una Alemania que desde siglos atrás ha sido escenario de las luchas más decisivas del Cristianismo y, a partir del siglo XVI, también del protestantismo.

74 | Por ello, no debe extrañar que el mismo juego de los abalorios sea descrito claramente como un asunto espiritual, no sólo estético o lúdico. Así, en la descripción del juego se lee: “significaba una forma selecta y simbólica de la búsqueda de lo perfecto, una alquimia sublime, un acercamiento al espíritu único en sí, por encima de toda imagen y multiplicidad, esto es, a Dios.”⁵⁶

Paradójicamente, la dimensión espiritual del juego contrasta con el carácter a-religioso de la Orden de Castalia e incluso con el perfil agnóstico de la vida personal de Hermann Hesse, o, en todo caso, con su peculiar tendencia al sincretismo religioso.

Aunque uno no sea psicólogo ni iniciado en la disciplina de la mente humana, pareciera ser evidente que una de las experiencias más fuertes que deja la secularización es la nostalgia. Nostalgia por un

⁵⁶ *Ibid.*, p. 43-4.

pasado que ya no está, al cual o bien se ha renunciado, ignorado o rechazado conscientemente, o sencillamente porque las huellas culturales que deja el Cristianismo en la historia y en la cultura, específicamente en la cultura occidental, se tornan –quíerese o no–, imborrables. Por ello, se hace tan difícil deshacerse de ellas aún para quienes ven en ello el *leitmotiv* de sus vidas.

El juego de los abalorios de Hermann Hesse parece ser una buena exposición de la nostalgia literaria, consecuencia de la secularización y con la consiguiente plasmación utópica de sueños y anhelos políticos de caracteres laicos o religioso sincréticos.

Siguiendo con el aspecto religioso, aunque Castalia es en el fondo el lugar utópico donde el espíritu prevalece sobre la carne, donde la contemplación hace innecesaria la vida activa del ejercicio profesional o de las llamadas ‘profesiones liberales’,⁵⁷ el autor no atribuye un significado religioso a tal tipo de vida. Tan sólo es un estilo utópico de vivir.

No pareciera que pudiera imputarse dicha omisión a una ignorancia del asunto religioso por parte del escritor germano, pues sería difícil de concebir tal insuficiencia en un autor que nace en una tierra profundamente influida históricamente por el Cristianismo, tanto por el Catolicismo como por las diversas formas del protestantismo desde el siglo XVI. Más aún, alguien que ha estado cerca de él ha contado que Hesse sostenía frecuentes conversaciones y discusiones sobre Lutero, a quien no quería –precisa el testigo–, con un pastor protestante de apellido Voelter.⁵⁸

Más bien, pareciera que se trata de una omisión deliberada. Es decir, como un intento de edificar una propuesta utópica al margen

⁵⁷ Éstas son descritas con cierto desdén y son objeto de dedicación de aquellos que no tienen el llamado de vivir en Castalia, y, ante la larga discusión que se da entre Plinio Designori y Knecht cuando se reencuentran, se hace evidente que la vida de Castalia supone un estrato superior a la vida mundana de tantos mortales, aunque ello no nos debe dejar perder de vista la dureza de las críticas a ella, no sólo por el mencionado escritor político, sino por el Padre Jacobo.

⁵⁸ Cfr. Miguel Serrano, *El círculo hermético. Hermann Hesse / C. G. Jung*, 2004, Buenos Aires, Kier, 6ª ed., p. 60.

de la tradición cristiana, asumiendo en forma sincrética los elementos considerados por él como llamativos y valiosos del budismo, el hinduismo y confucianismo. Por otro lado, distintos aspectos de la obra de los abalorios manifiestan la pretensión del autor de configurar a Castalia como una suerte de sustitución secularizada y laica.

Personajes, lugares, hechos, descripciones, perspectivas entre otras, evidencian un *ethos* cristiano irrenunciable en el autor que impregnan toda su obra. Ello no debe hacernos desconocer que en Hesse están presentes, en forma decisiva, los elementos de las tradiciones budista y confucianista⁵⁹ y por ello creo que el sincretismo y el agnosticismo correrían parejos en una mezcla no exenta de complejidades. En ese sentido, también en *El juego de los abalorios* se pueden rastrear elementos significativos de tales tradiciones religiosas, especialmente en la visita de Knecht a un monasterio chino y en las prácticas de meditación —que evocan el yoga— tan frecuentes en la vida de Castalia.

Pero mi intuición me lleva a pensar que el elemento cristiano —no asumido por el escritor como forma de vida en la práctica— es el decisivo en su obra y que en ésta se presenta tal dato en forma secularizada, específicamente en *El juego de los abalorios*.

Miguel Serrano, que conoció personalmente a Hesse, pareciera coincidir con este elemento cuando, refiriéndose a *Demian*, señala que “su mensaje toca regiones que fueran reservadas a la religión”.⁶⁰ En ese sentido, es sorprendente cómo tantos escritos del autor germano tienen presente el elemento religioso. Casi siempre en forma sincrética, sus personajes se hallan ante situaciones, experiencias o personajes de carácter específicamente religioso. Parece evidente que se trata de un tema que siempre inquietó a Hesse desde sus primeras obras y que en ellas se manifiesta su propia búsqueda de sentido en una época —la de entreguerras— que se caracterizó precisamente por un intento de

⁵⁹ En su período de formación, José Knecht visita a un maestro chino llamado, quizás no por casualidad, el Hermano Mayor, y traba conocimiento del *Libro de las Metamorfosis*, el *Chang Dsi* y el *I Ching* o *Libro de los Cambios* (libro del horóscopo chino) con los cuales quedaría vivamente impresionado.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 14.

encontrar respuestas satisfactorias para la propia vida en medio de una coyuntura aparentemente absurda y fatal.

En el modelo utópico de Hesse lo religioso está presente pero de forma secularizada, sin una institución custodia del mismo —como la Iglesia católica—, sin ministros que administren los sacramentos y sirvan de sustento espiritual de los fieles —como los sacerdotes—, y sin una esperanza en la vida eterna, pues de la narración y de la misma vida de Hesse se deduce que no le prestó importancia a saber si hay algo después de la muerte. Según el autor alemán, después de la muerte el ser humano caería en el Inconsciente colectivo —tal como lo definió Jung— para luego ‘caer en las formas’.⁶¹ Más aún, quienes fueran capaces de vivir en la fantasía no necesitarían de la religión, pues con la fantasía se puede comprender que el hombre retorna al universo.⁶²

Esta especie de mística intramundana propugnada por Hesse, y de la cual su amigo Jung es también representante, contiene todo un universo de signos y símbolos que la hacen posible. Se trata más bien, de la idea del paraíso terrenal que estaría reservado a unos cuantos hombres, que, llamados a dicho tipo de vida, deciden alejarse del mundo renunciando a sus placeres y reciben en Castalia una formación adecuada en un ámbito propicio para así poder gozar de las bondades de una vida contemplativa. En este modelo, la educación como un ámbito en el que los más sabios o instruidos comparten sus conocimientos y experiencia a quienes se están formando en la disciplina y la formación académica.

A mi juicio, la perspectiva secularizada de la realidad es incompleta dado que prescinde del elemento religioso que es inherente a la condición humana, o bien lo tergiversa; en la obra van quedando preguntas sin responder: ¿a quién se le atribuye el llamado a la vocación a Castalia? En otras palabras, sino hay Dios, ¿quién llama?⁶³ ¿Se trata

⁶¹ Cfr. *ibid.*, p. 30, 61.

⁶² Cfr. *ibid.*, p. 41.

⁶³ Curiosamente, refiriéndose a la vocación de Knecht, aunque Hesse señala que la vocación es un don y una gracia —conceptos cristianos— y que conlleva una gran responsabilidad —concepción cristiana—, dicho llamado vendría de ‘los poderes terrenales’, cfr. Hermann Hesse, *op. cit.*, p. 60.

IVÁN GARZÓN VALLEJO

únicamente de una decisión estrictamente personal? En esta misma línea, sin una esperanza ultra terrena, ¿en qué estriba el atractivo para aquellos que optan por una vida en todos sus ribetes monástica, exigente y de tantas renunciaciones? ¿Se puede sostener dicho alejamiento del mundo y las renunciaciones que ello implica únicamente a partir de la fuerza de la voluntad o del deseo de ser uno mismo?

Una utopía política imposible

La obra de Hesse está influida por una inconfesable y a menudo implícita preocupación política. Luego de analizar la utopía como un fenómeno esencialmente político y ahondar en la vida y obra escrita de Hermann Hesse, específicamente en *El juego de los abalorios*, puede concluirse con fundamento que la obra del autor alemán es una utopía política que contiene numerosos y determinantes elementos de éste género literario y aproximación a la realidad social.

Estos elementos se pueden resumir en: la idea de un genio iluminado que representa el paradigma de la condición humana; el diseño de un mundo en el que una comunidad ejemplar —jerárquicamente organizada y cuyos miembros se someten a unas normas establecidas— está en relación con el mundo exterior y que es consciente de poseer un poder característico que la dota de una autoridad social. Asimismo, el carácter basilar de la educación en la vida de los integrantes de la Orden; la crítica a toda concepción que instrumentalice al hombre, y en ese sentido, la valoración de la actividad lúdica y artística en oposición a la guerra y la militarización de la sociedad; la responsabilidad histórica y cultural que le cabe a la comunidad utópica, así como a su labor; y la opción por un tipo de vida que el mundo exterior ha desechado pero que contiene en esencia el sentido de vivir plenamente humano y comunitario.

Hay que aclarar que en *El juego de los abalorios* no están contenidos todos los elementos que están presentes en otras obras utópicas decisivas en la historia de la literatura universal; pero, a mi juicio, se trata de aspectos lo suficientemente representativos de la utopía política

como para asumir que, hallándose éstos en la novela de Hesse, hacen de su trabajo de los abalorios una obra de utopía política.

Los elementos destacados se configuran sobre la base de un mundo que puede ser realizado por medios políticos, siguiendo como paradigma la comunidad utópica ideada por Hesse: Castalia. No será función de los castalios transformar ese mundo histórico. Más aún, Hesse parece ser pesimista con tal posibilidad. A ellos les corresponde servir de ejemplo comunitario a una sociedad en decadencia. Parafraseando al narrador, podría aseverarse que los políticos deberán ocuparse de cómo *castalizar* la sociedad.

La utopía política descrita en *El juego de los abalorios* nos permite seguir soñando con esa sociedad ideal regida por la nobleza del espíritu, la lúdica, el estudio y la vida comunitaria. Una sociedad así quizás no esté tan lejos de realizarse algún día. Pensarla e imaginarla parece ser una buena inversión para aquellos que hemos hecho del pensamiento una profesión.

Sin embargo, esta utopía política es imposible, y por ello se trata de una utopía *sui generis*. Para Hesse tal utopía en el actual estado del mundo, en un contexto de guerras, militarización y declive de la cultura en general como el que vivió Europa a mediados del siglo pasado no es posible. No es realista pensar que puede prevalecer tal modelo de vida en el estado actual de la civilización occidental.

Esto lo augura no sin dolor José Knecht, *Magister Ludi* de Castalia en la extensa circular que le envía a los directivos de la Orden:

No creo que la Humanidad logre jamás criar una nobleza de la sangre que al mismo tiempo sea una nobleza del talento, sería una aristocracia ideal, pero ésta es un sueño. Los castalios, aunque somos gente de buenas costumbres y no poca sensatez, no servimos para gobernar; si tuviéramos que hacerlo nos faltarían la ingenuidad y la energía que ha menester el verdadero regidor, aparte de que, metidos a gobernar, muy pronto descuidaríamos ese campo genuinamente nuestro –auténtica preocupación–, que es el ejemplar cuidado de una vida espiritual.⁶⁴

⁶⁴ Hermann Hesse, *El juego de los abalorios*, op. cit., p. 385.

IVÁN GARZÓN VALLEJO

Como en otros tiempos, la guerra, la militarización y la extensión del espíritu bélico acabarán algún día con Castalia y con el juego de los abalorios. “Considero, pues, perdido el juego de los abalorios, en el caso de revoluciones políticas, sobretudo de trastornos bélicos. Se perderá rápidamente, aunque muchos individuos le conserven adhesión, y no será restablecido, la atmósfera de posguerra no lo tolerará”,⁶⁵ escribe el *Magister Ludi* a los directivos de Castalia.

En suma, el espíritu guerrero volverá a reinar, y con él la paz y la civilización estarán al borde del abismo:

Los armamentos volverán a ser, acaso pronto, los supremos dictadores, en el Parlamento volverán a dominar los generales, y cuando el pueblo se vea en la alternativa de sacrificar a Castalia o exponerse al peligro de la guerra y el desmoronamiento, sabemos ya cómo elegirá. Luego, sin duda, tomará impulso una ideología belicista, envolverá sobre todo a la juventud, y conducirá otra vez a una concepción del mundo basada en tópicos y frases hechas, según la cual, sabios y sabiduría, latín y matemáticas, cultura y atenciones del espíritu, solo tendrán derecho a vivir en función de los servicios que presten para fines guerreros.⁶⁶

80

Insisto en que *El juego de los abalorios* fue escrito y publicado en el contexto de la Segunda guerra mundial. Ello explica en buena medida el notorio influjo del fenómeno de la guerra en el escritor alemán, signado principalmente por el hondo temor que le producía tal situación, lo cual pareciera llevarlo a mirar con un insobornable pesimismo el destino de la civilización occidental y de la humanidad en general.

Pero ante la diversidad del contexto político actual de la posguerra fría, contrastándolo con la época de las guerras mundiales del siglo anterior, se suscita válidamente la cuestión de si el análisis de Hesse no es muy pesimista, o si no está estrictamente enclavado en el tiempo histórico que le tocó vivir. Aunque el mundo actual no es propiamente

⁶⁵ *Ibid.*, p. 389.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 384.

un escenario pacífico, evidentemente hay una diferencia radical con el contexto bélico del siglo XX.

Sea como fuere, no se puede considerar la época actual como la del predominio del humanitarismo, el pacifismo, del respeto absoluto a los derechos fundamentales de la persona y del destierro de la guerra de las contiendas políticas. No es así, y desde una postura realista hay que señalar que quizás nunca lo sea.

Por ello, la conclusión de Knecht –todo hace pensar que es la del propio Hesse– es muy sugerente y desafiante: Castalia es una utopía pasajera, condenada a su desaparición histórica, y por ello, se trata de una utopía imposible:

Se avecinan tiempos de crisis, en todas partes se dejan sentir los signos premonitorios de que el mundo quiere trasladar, una vez más, su centro de gravedad. Se preparan mudanzas de poderes, que no se realizarán sin contiendas, sin violencias; una amenaza para la paz, y también para la vida y la libertad, se levanta en el lejano Oriente. Nuestro país y nuestra política podrán permanecer neutrales, todo nuestro pueblo podrá insistir unánime –lo que no hace, sin embargo– en la necesidad de que subsista el actual estado de cosas; nosotros podemos permanecer fieles a los ideales castalios; mas todo será inútil.⁶⁷

⁶⁷ *Ibid.*, p. 383.